

cer que el líquido amniótico en el que vitalmente es bautizada no es la inmunizante laguna Estigia.

Vulnerable, porque su cuerpo es la estructura más compleja de que haya noticia; la que posee mayor cantidad de información; la de más elevada negentropía. Y por ello es también, de acuerdo al segundo principio de la termodinámica, el de Carnot-Clausius, la más propensa al desmoronamiento. Cuando Bichat definió la vida como «el conjunto de funciones que se oponen a la muerte», no dijo un truismo. El incremento entrópico es el declive por el que se desliza fatalmente la energía de la materia, con tanta mayor rapidez cuanto menos aleatoria sea su estructuración. Sólo la vida trepa al talud; ninguna vida ha ascendido tan alto como la humana; y de allí que ninguna esté expuesta a tanto riesgo de revertir a homogéneo polvo, de resbalar hacia la muerte.

Además, la telencefalización humana, que excede largamente a la de cualquier otro viviente, coloca a los sistemas que comandan los procesos de autoregulación de las funciones biológicas en muy estrecha vinculación con el neocórtex, elemento somático que permite las operaciones de la inteligencia reflexiva y de la voluntad. De donde resulta que el hombre enfermo lo está con una generalidad, con un totalitarismo morboso inalcanzable para un animal.

También enfrenta el hombre un más amplio espectro de enfermedades. Agregadas a las traumáticas, infecciosas, nutricionales y tóxicas, que también pueden aquejar a los animales, padece otras, de no totalmente develadas concausas: las llamadas «enfermedades de la civilización», de continuo crecientes. Incluso, las hay resultantes de la distorsión que en la satisfacción de sus pulsiones biológicas introducen, perversamente, su inteligencia y su voluntad: obesidad, diabetes insípida «a poto inmoderato», etc. O que provienen de intentar saciar sus naturales pulsiones hedonísticas abrevando en fuentes envenenadas: los «paraísos artificiales» (Lewin). Que si atraen por el placer, retienen por el dolor. Con lo que el rebelde libertino acaba por forjar sus propias patológicas, inquebrantables cadenas.

Reverso de Ulises, que, para continuar siendo libre supo atarse al mástil de su nave y mantener su rumbo, sin ceder al cautivante y melifluo canto de las sirenas...

Las sabias enseñanzas de Laín no modifican la buena práctica de la medicina asistencial clásica, que podríamos personalizar en Marañón, pero, al conceptualizarla, la ciementa, la vertebra y la ilumina en todos y cada uno de sus momentos y acciones.

Vese que al exaltar los aspectos espirituales del hombre enfermo, aspectos que el positivismo mecanicista había desechado por inexistentes, realza aquellas actitudes que permiten percibir el «influjo» que lo moral tiene sobre su padecer, y también emplearlo con mayor eficacia en el proceso curativo.

Comienza por inducir a una anamnesis más integral. Contesta a Leube cuando afirma que el tiempo dedicado a un buen interrogatorio es tiempo perdido para un buen diagnóstico. Frase que semeja inspirada por un borgesiano deseo de «épater les bourgeois» pero que entre nosotros aparecía cohonestada por la rutinaria costumbre en las salas-cátedra de confiar a un practicante la anamnesis del paciente, que a veces era presentada en clases magistrales sin que el profesor hubiera intercambiado con él más de dos o tres frases triviales.

Cierto es que eran tiempos de exaltación del «golpe de vista» de los grandes clínicos, que les permitía dar en el blanco súbitamente, sin preámbulo alguno. (Nos inspiraba el deseo de emular a Corvisart, que reconoció la enfermedad mitral que padecía una joven, con sólo mirar su retrato; a Fournier, diagnosticando por la alopecia de las cejas la sífilis de un ocasional compañero de viaje en ómnibus; a Comby, que apenas pisado el umbral de la habitación donde yacía una niña afectada de meningitis tuberculosa resumió en brevísima frase el diagnóstico y el pronóstico letal del proceso; a Chauffard que, sin detenerse, pasando raudamente entre las camas de su sala, precisó el carácter hemolítico de una ictericia, con sólo advertir una costrita de excremento pleyocrómico adherida al camión de un «flavínico»; a nuestro maestro Merlo, que deslizado la mano sobre un torso esculpido por su gran amigo Fioravanti, señaló sin vacilar el proceso fímico que aquejaba a la modelo...)

También es innegable que con nada desdeñable frecuencia se nos presentaban pacientes, que, como señalara Rhazés, tenían «la ilusión de que el médico todo lo sabe y no necesita hacer preguntas». (Recuerdo que cuando pregunté a un paisano: «¿Qué le está pasando?», me espetó: «Eso lo sabrá usted, que para eso es médico...») En concepto de muchos, sobre todo de nuestros criollos —y no sólo iletrados— el sanador dotado de virtud, de «poder», como suele decirse de nuestros hieráticos curanderos bucólicos y de los oraculares charlatanes urbanos —algunos de éstos diplomados— es un zahorí; tiene en su mirada una aptitud diafanizante que le permite catear certeramente la soterrada enfermedad. Cuando no la capta por singular e innata hiperestesia. En uno y otro caso, clarividente o rabdomante, le huelgan las palabras. Estos carismáticos superdotados no preguntan, dicen; no explican, ordenan.

Laín nos señala que ni las proezas anátomo-clínicas de los grandes semiólogos, ni la tendencia acoloquial de algún sector minoritario de pacientes vuelve correcto tornarse en un Publius Renuus Vegetus afirmando que «los animales y los hombres no han de ser asistidos con palabras vanas, sino con el seguro arte de curar». Coincide con Marañón en ensalzar a la modesta silla como el gran instrumento del progreso médico. Pues la cómoda actitud sedente incita y permite indagar más sosegada y dilatadamente la historia del enfermo; enfocada, más bien que como anamnesis de la enfermedad a tratar, como una biografía del enfermo a curar; como un registro de su estilo de ser y de enfermar.

Nos hizo notar que la confrontación de las fechas de eclosión de los síntomas morbosos con las de los eventos más significativos de la vida del paciente proporciona a veces indicios importantes acerca de las circunstancias etiológicas de aquéllos; hecha la salvedad de no concluir de todo «post hoc» un «propter hoc».

Y, también, que la anamnesis clásica, retrospectiva por definición, por más que sea ampliada hasta conseguir una exhumación de la vida o «vidas precedentes» del enfermo, estratificadas en su pasado, sólo puede parecer suficiente a los materialistas, dado que según su concepción los estados pasados determinan ineluctablemente el presente y el futuro del paciente.

Pero que en clínica personalística la retrovisión requiere ser complementada con un interrogatorio proléptico y anticipante. Pues si nuestro paciente es el autor, el poeta de su vida, no nos podemos limitar a leer los capítulos ya escritos de su novela o poesía,

sino que debemos indagar los que se propone redactar en el futuro y que pueden revestir tanto un carácter épico y vibrante, como apacible y bucólico, o patético y elegíaco.

También nos realza que las propuestas del enfermo no deben ser solamente oídas y registradas; que no basta con que las entendamos sino que deben ser el modo viable y conducente para que logremos una honda y verdadera comprensión de quién es y de quién desea ser. A lo que contribuye el conceder igual atención que a las palabras y a los tonos con que son expresadas, a los sonidos paraverbales, a las hesitaciones, pausas y silencios del paciente; ya que éste puede callar hablando y hablar callando.

Y que durante todo el diálogo debemos acopiar información no sólo «ex auditu»; también «de visu». La actitud general del paciente, su biotipo corporal, su porte, su ritmo y gracia al moverse. La Bruyère afirma que un necio ni entra, ni sale, ni se sienta, ni se pone de pie como un hombre de «esprit».

Que los pequeños gestos, las estereotipias también merecen registrarse. Santo Tomás afirma que constituyen a veces mejor guía que las palabras para conocer el modo de ser de una persona, pues escapan al vigilante imperio de la facultad. Y Schopenhauer, con su habitual hipérbole, dice que «así como Cuvier a partir de un solo hueso era capaz de reconstruir el animal entero, del mismo modo con un gesto característico se puede obtener el conocimiento exacto del carácter de un hombre».

Pero es sin duda mejor guía el estudio de la facies. Lo que es por cierto espontáneo y natural. Letamendi expresa que «por seguro instinto, ante un desconocido, a la cara miramos; es la cédula individual, el documento fehaciente, de todo cuanto podemos esperar o temer de él».

Esta apreciación tiene varios objetos formales. Según uno, aparece el rostro como un aspecto particularmente expresivo del biotipo (Sigaud) y entonces se aprecia sobre todo su estructura ósteo-músculo-tegmentaria; el «pensamiento de la Naturaleza» que es cada rostro (Schopenhauer). También fue en este sentido que muchos somatistas: Graves, Gull, Pierre-Marie, describieron las deformaciones topológicas características que las disendocrinias imprimen a la faz.

Mas Laín realza la necesidad de observar también con precisión técnica los pliegues, surcos y desplazamientos que los visajes reiterados han ido burilando, inscribiendo durante la vida sobre aquella profacies fundamental. De practicar la Fisiognómica (Porta, Lavater, Caruso), que postula: «Una expresión fisiognómica debe interpretarse como una expresión mímica que se ha hecho habitual».

Adepto a ella, sin saberlo, era Abraham Lincoln, quien al vetar a un postulante para funcionario a quien sólo conocía por retrato, se justificó diciendo que a partir de la madurez toda persona «es responsable de su cara». Coincidió con Michelet: «El espíritu es el artífice de su morada».

Además nos subraya que debemos percibir los cambios dinámicos efímeros y a veces sutiles que las emociones van causando en la facies; es decir la mímica, cuya expresión conceptual es la Patognómica (Bell, Piderit, Duchenne). Es a veces notable el contraste entre la expresión habitual y la momentánea: caras «tristes» que ríen; caras «alegres» que lloran... Y que nos provocan una sensación de disonancia y cierta dificultad de resonancia afectiva, como si estuviéramos ante algo no totalmente auténtico y sincero.